

DIA VEINTICINCO.

Ya tenemos al caballero Menival de vuelta de su viaje, y toda la familia de Arleville impaciente por saber el fin de su historia. La mañana era de las mas hermosas; el campo convidaba con su frescura, y por lo mismo habia dispuesto el señor Arleville que se sirviese el desayuno fuera de la Cartuja á la sombra de frondosos árboles. Allí se trasladaron todos nuestros amigos; y Menival, tomando la palabra, concluyó de esta manera su relacion.

FIN DE LAS AVENTURAS DE LA DESCONOCIDA.

Al fin he penetrado los secretos de la señora condesa de Milangel, y mi suerte se ha fijado para siempre! Suspiro al decir estas palabras; pero estoy muy distante de quejarme del des-

tino que el cielo me reserva, porque no podia ser por mas tiempo ingrato, y mi corazon no habia nacido para el rencor.

Supongo que recordareis que madama de Milangel, no satisfecha con haberme atormentado de varias maneras en su misterioso castillo, solo me permitió dejarla despues de prometerla que volveria dentro de un año, informado por vos, amigo Arleville, si habia venido á visitaros con su sobrina. En estos intermedios vine á referiros aquí el principio de mis aventuras con la Desconocida, é inmediatamente dispuse mi viaje para el castillo del *Valle grande*, acompañado siempre del tímido, pero fiel Bautista.

No sé por qué fatalidad era todavía de noche cuando me acerqué á este sitio, en el cual se renovó la misma ceremonia con que me trataron la primera vez; siendo lo mas prodigioso, que sin duda estaban noticiosos del punto y hora en que debia llegar, porque al asomar por el camino, salieron del castillo para conducirme varios criados con hachas de viento. Bajé del coche y seguí á los lacayos, que tristes y silenciosos obedecian al rollizo mayordomo Bernardo. Este me dijo con voz doliente:—Señor Menival, mi ama os está esperando.—Pero siempre cubierta con el maldito velo? No es esto, Bernardo?—Siempre, y siempre bañada en lágrimas.—Teneis noticias para mí?—En

vuestra mano está, señor, restituirmos la paz y la felicidad.—Si dependiese de mí?—De vos solo.—Pues que me digan lo que debo hacer para conseguirlo.—Qué no tuvierais el don de adivinarlo!—¡Oh! amigo Bernardo; jamás he tratado con mágicos ni encantadores.

En tanto que Bautista saludaba cordialmente á sus antiguos conocidos, iban estos guiando poco á poco mis caballos y mi coche por una pendiente bastante rápida; pregunté por el venerable anciano confidente de la condesa, y me respondió Bernardo que no tenia novedad.—Lo verá ahora?—Seguro. Él tiene á mucha honra recibirlos.

Era la noche bastante oscura; llegamos al castillo que estaba perfectamente iluminado; y los mismos miramientos, el mismo respeto que la otra vez se renovaron conmigo. Entramos Bautista y yo en el salon, adonde vino inmediatamente á recibirme el anciano.—Señor Menival, me dijo, qué felicidad la nuestra en veros por acá!—Cumpló la palabra que he dado á vuestra amiga.—¡Oh! ya sabemos que el caballero Menival cumple lo que promete.—Sí señor, miro la palabra de un hombre de bien como sagrada, y jamás quebrantaré la que una vez hubiere dado.—Excelente máxima! Y conocéis á la sobrina de la señora?—Nunca he tenido la honra de verla.—Nunca? Haced por

acordaros de una señorita alta, garbosa, rubia... —Os protesto que no me acuerdo de ella.... Cómo se llama?—El deciros su nombre... seria tal vez manifestaros... pero yo le callaré hasta cerciorarme que vuestros amigos no le han pronunciado jamás delante de vos.—Mis amigos, mis amigos! Continuamente me habláis de mis amigos, y solo he tenido uno! Quereis por ventura hablarne de...?—No; yo hablo en general.—Es que yo recuerdo á mi primo Volbert...—Le hemos conocido; pero solo como conocemos al señor Menival—Mas en fin, señor, ¿cómo no parece madama de Milangel?—Ya viene... héla aquí.

Abrióse una puerta, y entrando la condesa en el salon, oculta siempre con su impenetrable velo;—Señor Menival, me dijo con bastante alegría; un año hace que he tenido la desgracia de veros dejar esta casa, y desde entonces han pasado aquí muchas cosas...—Qué os habrán affligido?—No; muy felices... por fin ya he recobrado el sosiego de las noches; y solo vos podreis poner fin....

Aquí se detuvo la condesa, y yo la contesté:—Señora, si me habeis comprometido á volver aquí para engolfarme en nuevos misterios, perdonadme la libertad que me tomo al aseguraros que sentiré infinito haber cumplido mi palabra con tanta puntualidad.—¡Oh! Menival!... el pla-

cer de veros, de hablaros... es una felicidad para mí... pero vamos á cenar... Mañana, si teneis á bien concederme una conferencia particular, tal vez tendré fortaleza para deciros algo mas.

Tocó en esto la campanilla, entraron los criados, sirvieron la cena, y nos estorbaron con su presencia el hablar de lo que mas me interesaba. Mientras cenábamos distrajo nuestros pensamientos una orquesta oculta en la vecina estancia. No éramos mas que tres á la mesa: madama de Milangel, su anciano confidente y yo, estrañando no ver á la sobrina.—Por qué, dije á la condesa en voz baja, me privais de la vista de vuestra sobrina, que segun el informe de mi amigo Arleville es una jóven muy agradada?—Mi sobrina, señor Menival, está un poco indispueta, y me ha pedido permiso para recogerse temprano.—Pero mañana tendré la dicha de saludarla?—Mañana ú otro dia... Ya veremos... Ella es muy tímida, y tan infeliz!... —Con que ha experimentado desgracias?—Una... y muy cruel!

Suspiró la condesa, procurando disimular su llanto. Puse treguas á mis preguntas, y acabado el concierto nos levantamos para retirarnos:—Señora, la dije, no habrá rejas cerradas como la otra vez? Las cadenas que yo quisiera sufrir aquí serian las vuestras, si tuvieseis la bondad de permitirme que admirase vuestro

rostro. Sonrióse la condesa, pero volviendo al punto á su habitual tristeza me contestó:—Nada temais, señor Menival, porque ya no existen para vos candados ni rejas. Sois absolutamente libre: ¡ay de mí! mas libre que yo.

Al decir esto, percibí el dolorido son de la fatal campana... noté que la condesa se turbaba, y acercándome á ella:—Señora, la dije, me aseguran que ese es el lúgubre sonido de la muerte! Qué significa todo esto?—Ah! Menival! si supiérais el motivo, haria mas efecto esa campana en vuestro corazon que en el mio.—¿Seria posible?

Al punto me acordé de mi desgraciado amigo Volbert.

Fuimos acompañando silenciosos á la condesa hasta su aposento; despedíme de ella y del anciano, y subí á mi cuarto con Bautista. En medio de la confusion de mis ideas me puse á pensar con seriedad en Volbert, y el corazon se me oprinia. Acordéme de aquel salon en donde ví dos puertas sobre las cuales estaban escritas estas palabras: *Morada de la Muerte*.—*Pabellon de las Lágrimas*. Si habrán robado el cadáver de mi amado Volbert!... si estarán depositadas sus cenizas en este castillo?... Bautista! —Señor!—Qué estás haciendo?—Bella pregunta! me desnudo para acostarme, porque á la verdad me siento muy fatigado...—Toma dos

lucos y sígueme.—Adónde, señor, y á estas horas? Querriais ir á la bóveda en que hay colgaduras de paño negro, sembrado de lágrimas de plata? ¡Ah! señor, qué miedo me va entrando! —Quieres acompañarme, cobarde?—Pero señor yo creo que no andais muy acertado, y que violais las leyes de la hospitalidad, procurando penetrar de esta manera un secreto que os quieren tener oculto.—Ya sabes que no gusto de réplicas; sígueme, pues tengo ciertas sospechas que aclarar.

El pobre Bautista tomó dos luces y fué delante de mí temblando. Todos los del castillo estaban ya recogidos, y nin uno podía oponerse á mis averiguaciones; bajé, pues, la escalera, y parándome en el largo claustro de abajo, en el mismo sitio donde un año antes habia oido gritos, quejas y sollozos, y mi nombre repetido con frecuencia por una voz desconocida, apliego el oido..... Nada percibo, y por donde quiera reinaba un maravilloso silencio. Dí la vuelta á la galería, y empujando la puerta de la sala de mármol negro, entré y ví los mismos cirios amarillos que ardian en candeleros de pórfido. Examiné las puertas donde estaban las inscripciones fúnebres de que acabo de hablaros, y hallé que no era posible abrirlas; pero advertí que sobre una de ellas, la que decia: *Morada de la Muerte*, habian delineado nuevos caractéres,

y acercándome leí lo siguiente: *Esta puerta solo se abre á la clemencia y al arrepentimiento.*—Mas abajo estaba escrito: *Perdon! Perdon! Perdon!*

¡Tres veces perdon! Qué querrá decir esto? Registro toda la sala, y no encuentro mas letras, ni la menor señal que pudiese aclarar mis dudas... Abandono este lugar fúnebre y me vuelvo á mi cuarto con gran satisfaccion de Bautista, que ya estaba medio muerto de miedo. Metíme en la cama, causado de reflexionar sobre tales misterios, y logré despues de largo rato quedarme profundamente dormido. Al despertar oí á Bautista que ya estaba en pié, decirme:—Señor! la señora condesa os llama.

Vestíme á toda prisa y fuí á tomar las órdenes de madama de Milangel. Estaba ésta en su cuarto, pero no sola, como yo me figuraba, pues tenia junto á sí un hermoso niño como de tres años, el cual sonreía y acariciaba á la condesa con sus manecitas, manifestándole ella tambien un vivo cariño.—Qué es esto? dije para mí. Madama de Milangel madre! y yo lo ignoraba! Vaya un nuevo episodio.

—Señora, la dije acercándome, vengo á tomar vuestras órdenes; pero me atreveré á preguntaros quién es este amable niño? Es hijo vuestro?—No; yo no tengo la dicha de ser madre... pero engaño á la naturaleza con haber

adoptado á este. Qué os parece?—Muy precioso, señora.—Y no hallais en él alguna semejanza... con algun amigo vuestro?—Cielos! me habré engañado!... en efecto, sus facciones se asemejan á las de mi querido Volbert.—De... Volbert! ¿cómo es posible? Volbert ha sido por ventura esposo y padre? Vaya, sin duda es una ilusion de vuestros sentidos que os hacen ver á vuestro primo en cualquiera otra persona. Como estaba segura de ello, he querido preguntaros si hallábais en este niño semejanza con algun conocido vuestro. Y llorais todavía la muerte de ese querido primo?—La lloraré toda mi vida!—Siempre resuelto á vengarla si lograis descubrir á su asesino?—Lo he jurado señora!

Estremecióse la condesa, y á no ser por el velo que la cubria, estoy seguro, que la hubiera visto pálida y demudada. Acerquéme á ella para preguntarla:—Señora, por qué os turbais? Qué es lo que sentís?—Nada, nada, Menival!... Si lo que yo sufro bastara para quitarme la vida, mucho tiempo hace que ya no existiera.—Pero, señora, de qué procede tanto dolor..... Este niño que se parece á Volbert!... Vuestras confianzas á medias... todo me denota que habeis conocido á mi amigo: aclaradme pues, una sospecha.... tendria yo la dicha?..... disimulad este pequeño impulso de mi amor propio: seria posible que vos me amáseis?—Ingrato! yo os

adoro!—Pues para qué ocultarme vuestro semblante?—Mi mano es libre, mi fortuna....—Vuestra mano, Menival! y podriais dármela? Yo soy un mónstruo! he causado la desgracia de cuantos me rodean... Mas ¡ay! cómo lo he pagado!—Señora...—No me preguntéis mas, Menival, harto he dicho; sabeis que os amo y que mis deseos serian cumplidos dándoos mi mano.—Pues yo os aseguro que tengo los mismos deseos de ser vuestro esposo...—Es imposible!

Levantóse muy agitada, diciéndome:—Id señor Menival, id á ver á mi anciano confidente, que acaso tendrá mas valor para descubriros lo que yo callo. Tomando al niño por la mano se retiró al instante, y este, por un movimiento de simpatía, desprendiéndose de la condesa, vino á abrazarme. Tomé al amable niño en brazos, le acaricié, y madama de Milangel que se volvió para admirar esta tierna escena, exclamó:—Sí, querido Augusto, ámale como á un buen amigo.

Salí del cuarto aturdido y corrí en busca del anciano. Apenas le hube encontrado, le dije:—La señora condesa me envia á vos; iba ya á revelarme su secreto, cuando deteniéndose de repente, añadió: “Id á veros con el anciano, y os dirá lo que yo callo.” La condesa me ama, yo la correspondo, nos lo hemos declarado re-

cíprocamente, y aunque esta mujer singular se obstina en ocultar su rostro, sin embargo, ha sabido inspirarme grande interés!—De curiosidad, acaso?—No amigo, de amor; de verdadero amor.—Y será cierto lo que decís? Estimado Menival, amais formalmente á la condesa?—Se lo he demostrado ofreciéndola mi mano.—Vuestra mano?—Si señor, soy soltero y dueño absoluto de mis acciones. Pero ella se obstina todavía en decir que nuestra union es imposible...—No hay duda... hay un obstáculo... que solo vos podeis vencer?.....

Aquí se detuvo el anciano arrojando un profundo suspiro, y yo le pregunté quién era el niño que con ella estaba.—Es hijo de la desgracia.—Y no lo es de la condesa?—No, Menival.—Se parece mucho... á mi amigo Volbert; de modo que tengo cierta sospecha...—Oh Dios! desechadla de vuestro pensamiento.—El año pasado, y aun esta misma noche he visto allá abajo un salon fúnebre adornado de mármol negro, con cirios amarillos, y dos puertas misteriosas... Qué quieren decir aquellas palabras: *Morada de la Muerte!... Pabellon de las Lágrimas!*—Y os habeis atrevido á penetrar hasta ese recinto consagrado al dolor?—No os enojeis; explicadme ese enigma.—Querido Menival, lo único para que tengo licencia, es para rogaros que volvais á ese lúgubre salon esta noche á las

doce en punto; y tal vez quedarán aclaradas vuestras dudas. Adios...

Dejóme solo el anciano, y yo me propuse seguir el consejo que acababa de darme. Llegó en esto la hora de la comida: sentóse madama de Milangel á la mesa junto á mí, y despues ví entrar á su sobrina, que hasta entonces habia estado siempre retirada. Parecióme muy hermosa, pero sumamente pálida y tan debilitada, como quien sale de una larga enfermedad. Saludóme friamente, sentóse frente á mí al lado del anciano, y rodó la conversacion durante la comida sobre asuntos indiferentes. A los postres ví entrar á un viejo respetable, luchando, digámoslo así, con los criados, para que le permitiesen echarse, como lo hizo, á los piés de la condesa.

—Dejadme, exclamaba, dar gracias á mi bienhechora!... Por fin, tengo la dicha de hallarla y de aplicar á mi corazon esta mano que es el amparo de los infelices!—Buen hombre, qué es lo que haceis!—Oh señora! Acabo de saber que habeis librado de la milicia al prometido de mi pobre hija: que habeis dotado á esta, uniendo á los dos para siempre; y que os debo el techo hospitalario en que van á extinguirse pacíficamente mis cansados dias!—Levantaos, buen viejo, vuestra presencia...—No podrá desagradaros: ¿cuándo ha sido importuna la presencia de

los que vienen á dar gracias por su felicidad? —Retiraos, os lo suplico.—Y será posible que yo no pueda contemplar esas facciones de la bondad, de la virtud? Ese denso velo que me impide...—Respetable anciano, otra vez os ruego me dejeis entregada á mis pesares!—Vos tenéis pesares! Sois desgraciada! Y quién será el cruel que os persigue? Hay por ventura alguno que pueda haceros feliz, y no lo realice? A conocerle yo, le diria: “Ved que es un gran delito el maltratar de este modo á la criatura mas virtuosa! Consolad á madama de Milangel, y el cielo, sin duda, os lo recompensará.”

Volviéndose á mí la condesa:—Ya lo oís, Menival, me dijo con doloroso acento... En seguida ordenó al anciano que se retirase, y él obedeció despues de haberla colmado de bendiciones.

¡Con qué impaciencia estuve aguardando la hora anhelada! El sol me pareció aquel dia mas tardó en su carrera que otras veces, y la noche fué tendiendo con mas lentitud su oscuro velo. Llegó por fin; cené solo, retiréme á mi cuarto, oí el triste sonido de la campana que señalaba las once y la hora que faltaba hasta el momento señalado me pareció un siglo; dan las doce, y bajo precedido de Bautista, que segun su costumbre temblaba de miedo.

Penetro hasta la sala de mármol negro, y no

veo á nadie; antes al contrario, todo se advertia muy sosiegado: acerquéme á las dos puertas misteriosas; noto que la del *Pabellon de las Lágrimas* está entre abierta, la empujo, y me hallaria en la oscuridad si no fuera por las luces que traia Bautista. En las paredes de este pabellon habia muchos cuadros muy elevados, y en todos ellos la representacion de una doncella y de un jóven, cuya cabeza estaba oculta con una gasa ligera. La doncella me pareció ser el verdadero retrato de la sobrina de madama de Milangel; sí, yo no podia dudarle, examinándola con atencion; pero, y el jóven? ¡A qué fin la precaucion de ocultar su rostro con un velo como el de la condesa? En tres ó cuatro cuadros se veia del mismo modo. En el uno veo en brazos de la doncella á un niño, el mismo que habia visto cerca de la condesa. El jóven del velo estaba tambien junto á la madre, y el niño como acariciándolos: me pareció finalmente que este era el padre del niño, el marido de la sobrina de nuestra Desconocida.

En una mesa habia algunos manuscritos, y llevado de la curiosidad tuve la indiscrecion de leer varios de ellos, admirándome de que en todos se hablaba de un amigo perdido que reposaba en un sepulcro próximo al *Pabellon de las Lágrimas*.—Este sepulcro, dije, sin duda está en la otra pieza, cuya inscripcion es: *Mo-*

rada de la Muerte. Quién me diera poder penetrar en ella!

Cumpliéronse mis deseos, pues tambien entreabrióse su puerta, y entrando me hallé en una sala colgada de negro, en la que se levantaba un sepulcro, sobre el cual se leia la inscripción siguiente:

Aquí yacen recogidas por la ternura Conyugal las cenizas del amigo mas fiel, del esposo mas querido, del padre mas tierno, de Felipe Volbert!

Qué sentiria yo al leer estas palabras!—Volbert, amigo mio!... exclamé en alta voz. Otra me respondió desde un paraje oculto:—Sí, Menival! esas son las cenizas de tu amigo Volbert. Te acuerdas del juramento que has hecho de vengar su muerte?—Sí me acuerdo! Es un juramento muy sagrado!—¿Y estás dispuesto á cumplirlo?—Mas que nunca!—Vuelve pues los ojos, y sacrifica, si puedes, al infeliz asesino de tu amigo!

Un ruido ligero que oí á mis espaldas me hizo volver la cabeça, y veo.... á quién?... á la condesa misma, que presentándome un estoque, me dice:—Traspasa este corazon; desfallezca herido por tu mano, ya que no puede hallar correspondencia en el amor que lo consume!—Pero, vos, señora, seriais acaso?...—El contra-

rio; mas no el verdugo de Volbert. ¿Reconoces estas facciones?

En esto corrió el velo, y dejando descubierto el rostro mas bello y mas noble, la dije medio trémulo:—Sí señora, me parece que recuerdo vuestras facciones. —Te acuerdas de aquel jóven que fué á desafiar á tu primo en el teatro francés... en el palco, enfrente del tuyo?... Pues bien, yo fuí quien te privó de un amigo.—¡Oh! señora, qué es lo que habeis hecho?—He cometido un delito, y espero tu castigo!—Yo no riño con armas desiguales. Hubiera deseado hallar un hombre en el que quitó la vida á Volbert; mas puesto que es una dama!... la respeto.

Apareció entonces el anciano, diciéndome:—Bien, Menival, excelente modo de pensar! y yo proseguí:—Pero señora, ¿qué os habia hecho el sinventura Volbert?—Dos palabras os dirán la verdad de este fatal suceso. Tenia yo, y tengo todavía una sobrina á quien amo como á una hija... ¿no os habló nunca vuestro amigo de ella, ni de mí?—Nunca.—Mi sobrina, huérfana desde la cuna, fué confiada á mi cuidado. Supe que llevaba estrecha intimidad con un jóven llamado Volbert, á quien pude ver en un paseo. Mi engañada sobrina se hizo madre.... el furor me arrebató, y formo al instante el proyecto de matar al seductor, confundiéndole en mi con-

cepto, con los mozos libertinos que abundan en la capital. Mi esposo era viejo, y no pudiendo vengar el ultraje de su familia, yo fui la que se encargó de ejecutarlo. Volbert, patrocinado en sus amores por algunos criados á quienes habia quedado mi sobrina confiada durante un viaje que me ví precisada á hacer; Volbert, digo, no me conocia. Disfracéme de hombre, y despues de haberle buscado en vano, le hallé por fin en el teatro.... dígoles que soy un pariente de su querida, que deseo tomar venganza de la afrenta hecha á su virtud; acepta el reto, y le cito aquella misma noche para el bosque de Boloña. Acudimos al paraje; tengo valor para medir mis fuerzas con las suyas, y por último, le mato de una estocada. Huyo aceleradamente; pero mi sobrina que habia descubierto mi plan, habia ido siguiéndonos en un carruaje, conducida por dos de sus confidentes; llega al lugar del combate, y hallando á su amigo solo, tendido en tierra, le hace llevar de allí sin detenerse hasta este castillo en donde enterré su cadáver en ese sepulcro, consagrando este asilo á su memoria. En este tiempo, é ignorante del acto de desesperacion de mi sobrina, el arrepentimiento tocó mi alma. Estaba yo en Paris, y temerosa de vuestras justas persecuciones, si go vuestros pasos... os veo, Menival, y veros y amaros fué para mí una sola cosa..... Cuánto

detesto mis furores! ¡Qué no daria yo por restituir á la vida al desgraciado Volbert! Pero ¡ay de mí! que ya no es tiempo! Supe que habiendo visto herido á vuestro amigo, habiais jurado vengarle! Vengarle, y en mi persona! Esta es la terrible reflexion que me martiriza! Escribíos aquel billete anónimo en que se os decia que se os facilitarían los medios para la venganza; y en el delirio de la pasion que me agitaba pasé una noche muy cruel cerca de vos en la pieza de un meson á la cual se entraba por el aposento de una buena amiga que me favoreció para ello. Vuestro viaje os trae casualmente hácia este sitio, y os envío á suplicar que descanséis en mi casa.—Pero si me vé, decia yo, tal vez conocerá mis facciones y le causaré un indecible horror.... Tomé el partido de cubrirlas continuamente con un velo en vuestra presencia.

Para colmo de mi desgracia, mi sobrina á quien permití conservar las cenizas de su amante, del padre de su hijo, de su esposo en fin, porque estaban casados en secreto, y yo lo ignoraba hasta que falleció Volbert; mi sobrina, repito, cayó en una verdadera demencia; y como todas las noches lanzaba gritos espantosos, pidiéndome á su esposo, y acusándome de su muerte, me ví en la triste necesidad de acompañar constantemente á esta desventurada que

hace muy poco ha recobrado la razon. Este respetable anciano era sabedor de mi delito, de mi loca pasion, y en una palabra, de mis desgracias; mas aunque procuraba penetrar vuestro corazon, ni él ni yo teniamos bastante fortaleza para descubriros la verdad. Ha llegado por fin el momento de manifestarla; ya lo sabeis todo: teneis en vuestra presencia á la que os ha privado de vuestro amigo, á una mujer que os adora; dadla pues la muerte, ó vuestra mano. Ah! sin este último beneficio quedareis hartos vengados.

Enjugaba madama de Milangel las lágrimas que bañaban su rostro; y habiéndose juntado su sobrina con el amable niño á esta escena lastimosa, exclamó:—Sr. Menival, imitad mi ejemplo; perdonad! si os han privado de un amigo, á mí me arrebataron de un esposo muy tierno, y un padre á este infeliz niño; sed su tío, su deudo, su amparo, dando vuestra mano á mi tia.

Inmediatamente dicté mi resolucion, amigos míos, y espero que no la censurareis.—Señora, dije á la condesa, tened á bien aceptarme por esposo. Ocho dias despues, restituida ya la paz y el sosiego á esta familia, por tanto tiempo inconsolable, madama de Milangel se unió conmigo en un dichoso lazo.

Tal ha sido el fin de la singular aventura de la misteriosa *Tapada*. No formamos en el dia

mas que una sola familia, y habitamos el mismo castillo, antes tan lúgubre y ahora asilo de la felicidad, siendo el respetable anciano nuestro amigo comun. Bautista, Bernardo y demas sirvientes han sido magníficamente recompensados por su fidelidad, y ahora estais viendo en mí al hombre mas envidiable del universo.

Calló Menival, y todos manifestaban un deseo ardiente de ver á su esposa, á su sobrina y á toda la familia. Prometióles traerlas un dia á la Cartuja, pero con la condicion de que no se les hablase nada de sus aventuras, pues ambas estaban avergonzadas, la una por su estravagante desafio, y la otra por su pasada demencia.

De esta manera trascurrieron los dias en la Cartuja de Arleville; procurando el padre de familia unas veces con ejemplos y otras con historias morales, ó á lo menos de algun interés, recrear á sus hijos y estimularlos en el estudio y en la virtud.
